



Günter Netzer es —por así decir— un «Gastarbeiter» que ha venido a hacer su Alemania en España.

NETZER

UN EMIGRANTE AL REVES

GÜNTER Theo Netzer nació en Moenchengladbach el 14 de septiembre de 1944. Mide 1,70 y pesa 79 kilos. Ha sido 31 veces internacional con la selección A de Alemania Occidental. Desde 1963 hasta junio de 1973 jugó en el Borussia de Moenchengladbach. Tras pasarlo al Madrid, debutó en la Liga española el 1 de septiembre pasado.

Estos datos escuetos, propios de un «Who's who» futbolístico, nos dicen muy poco sobre la persona que hay detrás. «Una de las estrellas más peculiares que ha habido en el fútbol alemán» («Bild»). Jugador de club muy conocido en la República Federal («Sin Netzer somos un buen equipo; con Netzer, un equipo genial», dijo en una ocasión Herr Weisweiler, entrenador del Borussia), tardó mucho tiempo en alcanzar la fama internacional.

Su forma de jugar exige un equipo cortado a su medida, donde todos se sometan bajo su liderazgo indiscutible. Su juego es una continua creación de jugadas y pases increíbles, de concepción y ejecu-

ción perfectas. «Cerebro»-Netzer («Pueblo») no se ocupa de destruir el juego del contrario ni de marcar. Esto supone que otros jugadores del equipo desempeñen esa misión subordinada. En los primeros 20 partidos con la selección nacional no consigue imponer su estilo ni representar su papel de «Karajan

del fútbol» («Marca»). En febrero de 1970, precisamente después de un partido contra España en Sevilla, el seleccionador alemán osó criticar ante los periodistas su actuación. Esto, al «dios rubio de Moen-

chengladbach» («As») le pareció intolerable. «No jugaré más en el equipo nacional. Es increíble que Herr Schoen me critique por la espalda. Para hablar abiertamente le falta valor. El capitulo Schoen se ha terminado para mí». En el Mundial de Méjico, su amigo Overath, con el 10 a la espalda, consiguió que nadie se acordara del «rebelde del balón» (título de una biografía). Cambió de opinión y volvió a la selección nacional. En 1972, la Copa de Europa de Naciones supone su consagración definitiva. «King of Wembley», escribió la prensa inglesa. Es elegido futbolista del año en la República Federal y segundo mejor futbolista de Europa.

J. M. COMAS VEGAS

«Showman»

Günter Netzer no es sólo un jugador genial, un cerebro futbolístico. Sabe explotar admirablemente el contexto social en el que vive. «He aprendido mucho de la gente del «showbusiness», me dice cuando hablamos en el hotel de Madrid donde se hospeda.

El semanario de izquierdas «Kon-

kret» lo describe así: «El hombre de pelo rubio hasta los hombros, que calza el número 46, sabe su cotización. No permite que le roben el "show". Fiel a su autovaloración de divertidor, no juega solamente al fútbol, también hace teatro. En los penaltys, córners o faltas, Netzer no chuta simplemente. Celebra. Esto requiere tiempo.

«Toma con cuidado el balón con las dos manos, mide con mirada concentrada las posibles direcciones de vuelo del balón, acaricia la hierba hasta quitar la mínima resistencia y trota con calma hacia el punto más favorable para tomar carrera...».

En el campo, Netzer representa el papel del «pensador solitario en medio de la batalla» («Konkret»).

Tiene una capacidad dramática asombrosa o, dicho de otra forma, de echarle cuento cuando el contrario le entra fuerte. A los espectadores les invade la angustia ante la espectacular caída y los gestos de dolor subsiguientes. En una ocasión confesó a un periodista que esa dramatización era una forma de defensa frente al juego duro que emplean los contrarios.

«Business»

Una agencia de publicidad, una agencia de seguros, una representación de artículos deportivos, un restaurante, una discoteca, varios pisos y un coche de un millón de pesetas constituyen, según «Konkret», el patrimonio del hijo de un vendedor de semillas que, sobre la base de un extraordinario talento futbolístico, ha logrado trepar hasta lo más alto de la pirámide social.

«Sabe echar cuentas tan bien como jugar al fútbol» («Bild»). Después de una mala temporada en que, por lesiones, sólo jugó 18 partidos de Liga con el Borussia, su posición negociadora ante la renovación del contrato no era muy favorable. El equipo funcionaba sin él, y la directiva sólo quería renovar por un año y rebajar los ingresos de Netzer a unos cinco millones de pesetas anuales. En este momento surgió Herr Wengert. Alemán, residente en Castelldefels, hizo su agosto en España gracias a la sensibilidad-«kitsch» del turista medio.

Wengert es el inventor de ese cartel de toros donde cada ciudadano puede imprimir su nombre al lado de Luis Miguel Dominguín y Manuel Benítez «El Cordobés». Con la botella de coñac constituye un componente indispensable del equipaje de todo turista que retorna. Cuando se abrió la importación de jugadores, Wengert tuvo otra idea brillante: vender Netzer al Barcelona. Se pusieron en contacto y Netzer autorizó la apertura de negociaciones. Parece ser que a Michels, el entrenador del Barça, no le interesó el asunto.

Wengert ofreció el jugador al Madrid. El 7 de junio, después de un curioso incidente al firmar el contrato, del que hablará Netzer en la entrevista, se había sellado la alianza entre Günter Netzer, el superman neocapitalista, y el Real Madrid, la oligarquía tradicional.

El superman neocapitalista

El nuevo jugador no es un producto del tercer mundo, proveedor tradicional, dada la baratura de la materia prima (mercado latinoamericano). Tampoco es uno que «escogió la libertad» (Kubala, Puskas). Es un emigrante al revés. Un «gasarbeiter» que ha venido a hacer su Alemania en España.

—Dígame las razones, por orden de importancia, por las que se marcha a España —le pregunta la revista «Stern».

—No puedo —responde Netzer.
—¿Por qué no?
—Sólo hay una.
—¿Cuál?
—Dinero.

En nuestra entrevista, como si conociera las tesis de Max Weber sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, no emplea expresiones tan drásticas. Concesiones a la oligarquía tradicional, tal vez.

Con un extraordinario sentido para la publicidad, ha sabido crear una imagen de sí mismo como ningún otro idolo deportivo. Imagen que los medios de comunicación se encargan de reproducir. Además parece que los acontecimientos se unieran para obligarle a ocupar la portada de los periódicos.

«Netzer, nosotros te necesitamos»

La bomba de su fichaje estalla tres días antes del partido de la selección germano-occidental contra Brasil. «Yo permaneceré virgen si Günter marcha a España», grita una chica en Moenchengladbach, y «Bild» titula a toda página con tan singular voto de castidad perpetua.

Su madre muere de un ataque cerebral al día siguiente de anunciarse el traspaso. Más carnaza para la prensa amarilla de Springer.

Los titulares se suceden:
«Caso Netzer: su madre muerta».
«La selección nacional, kaputt».
«No juega».

El partido contra Brasil resulta un completo fracaso del equipo alemán. El «Bild» del domingo llena la portada con un angustioso: «Netzer, nosotros te necesitamos».

«La gran desilusión»

El 1 de septiembre es la presentación oficial del mito en Chamartín. Primer partido de Liga. Estadio lleno. «Netzer jugaba con estela de aplausos en cada acción bien desplegada» (A. Valencia, en «Marca»). Penalty, de los que sólo se pitan a favor de los equipos de la oligarquía. Falta dos minutos para el descanso. Madrid y Castellón están empatados a cero. La gran ocasión para el hombre que no quiere que le roben el «show».

Peter Bezer, el hagiógrafo oficial, describe la escena en el «Süddeutsche Zeitung»: «Günter Netzer se preparó el balón. Ofreció un ceremonial que en este país causará efecto: el torero fija al toro para la estocada mortal. En la caldera de cemento se hizo el silencio como en una catedral. Netzer tomó carrera. Engañó al portero, que saltó hacia el lado contrario, pero el balón salió fuera, a medio metro del poste».

«El público fue estoico y aplaudió a Netzer por su fallo con el mismo espíritu que un samurai ejecuta el harakiri». (A. Valencia, en «Marca»).

En la segunda parte, el desastre fue total. Los plebeyos se salieron con la suya. El penalty que Netzer mandó al limbo de los goles ha costado un punto al Madrid.

NETZER

Las portadas de la prensa madrileña aparecen con la foto del «idolo caído» («As»).

«Esto sólo me pasa a mí —me dice—. En el entrenamiento tiré veinte y entraron todos».

La oligarquía tradicional

Un día los clubs decidieron democráticamente una fase de autarquía y se cerró la importación de jugadores extranjeros. Se saneó la economía de los modestos, que pudieron permitirse el lujo de no traspasar sus figuras a los grandes. Los plebeyos ensayaron su rebelión. Las diferencias entre los equipos se hicieron pequeñas. El nivel de juego descendió al mínimo, pero la competencia era mayor. El público continuaba llenando los estadios, pero la oligarquía futbolística estaba amenazada.

Hay 42 equipos que actuaron alguna vez en Primera División. Si observamos la distribución de los «títulos de Liga per cápita», constatamos que sólo siete clubs han logrado el Campeonato. Sólo cinco lo han ganado más de una vez. El título ha quedado en Madrid más de un 50 por 100 de las veces dispu-

tadas. Madrid y Barcelona lo acaparan más de un 70 por 100. La existencia de la oligarquía futbolística es un hecho indiscutible.

El fútbol que exportamos las temporadas inmediatas era de pésima calidad. El Real hacía el ridículo por los campos europeos, donde otrora había reverdecido las glorias de los tercios de Flandes. Los restantes equipos vale más no mentarlos. Por orden de arriba, sin consulta democrática a los clubs afectados, se abren las fronteras de nuevo. Se permiten dos extranjeros por equipo.

Evidentemente, sólo la oligarquía futbolística pudo concurrir en los mercados del capitalismo avanzado. El resto tuvo que conformarse con los productos de países latinoamericanos, proveedores tradicionales de mercancía más barata.

Las cifras confirman plenamente nuestra anterior afirmación. Cincuenta y nueve jugadores han sido importados por los 38 clubs de Primera y Segunda División por un importe de unos 300 millones de pesetas. Los cuatro jugadores comprados por el Madrid y Barcelona han costado 185 millones (el 60 por 100 del total desembolsado). Es decir, dos clubs han gastado más que los 36 restantes. Cuatro jugadores han costado más que los otros 55 juntos.

La maniobra para restablecer el poder oligárquico es perfecta. La sublevación de los plebeyos parece sofocada.

¿Contradicciones?

Con Netzer, el Madrid ha comprado un producto prototípico de la sociedad industrial avanzada. La cuestión que se plantea es: ¿se producirá un conflicto normativo? ¿Tolerará la ética tradicional a la ética neocapitalista?

El Madrid, «el mejor embajador de España», disciplina paramilitar, el orden establecido, la meseta castellana.

Netzer, «el rebelde del balón», melenas hasta el hombro, el amor sin matrimonio, la sociedad permisiva.

Me arriesgo a pronosticar que todo va a depender de los rendimientos. Si Netzer llena el estadio y el equipo carbura, la moral mesetera se hará algo más permisiva.

En cierto modo así lo deja entrever Alfonso Sánchez en su columna de «Informaciones» cuando narra una conversación que sostuvo con el intermediario cinematográfico Enrique Herreros. «La otra noche, en su asombro por las proezas de Netzer contra el River Plate (partido amistoso para presentar el equipo antes del comienzo de la Liga), llegó a proponerme durante el descanso:

«—¡Qué tío más bárbaro!... Vamos a dejarnos melenas tú y yo».

UN día me telefonó Herr Wengert y preguntó si me interesaba venir a España. Yo le dije que se podía tratar el asunto. Me habló de sus buenos contactos con el Barcelona y quedó en volver a llamar. La cosa se prolongaba mucho con el Barcelona, así que me ofreció por su cuenta al Real Madrid. Todo fue muy rápido, en tres días se resolvió todo.

—Y la historia esa de la firma del contrato...

—Sí, eso es una cosa graciosa. Yo le dije la cantidad que quería. Para mí estaba claro que era por año, pues el cambio tenía que compensarme todos los negocios que dejé en Alemania. Yo no he venido a España sólo por dinero. Así lo he dicho siempre. Me gustan la mentalidad meridional, especialmente de los españoles o italianos, y su forma de juzgar el fútbol. Los espectadores son muy entusiastas, mucho más fáciles de entusiasmar que en Alemania.

»Luego se produjo ese enorme malentendido. El Real Madrid creyó que yo pedía esa cantidad por tres años, y para sus adentros debían estar muertos de risa al ver que me podían tener tres años por tan poco dinero. Y así estaba escrito en el contrato. Yo me senté, completamente decepcionado. Les dije que no podía ser, que me alegraba de haberles conocido y de haber estado en Madrid. Entonces se volvió a negociar. Me preguntaron por las concesiones que estaba dispuesto a hacer. Yo quería venir al Real Madrid. Reflexioné cinco minutos y rebajé la cantidad. Esto les gustó a esos señores. Se aceptó la cantidad y se firmó el contrato.



«A mí, después de todo, no me molesta nada que se negocie con los jugadores. Yo debo, en última instancia, decidir por mí mismo...»

UN LIDER TEATRAL

ne que estar suficientemente pagado.

—¿Es cierto que su venida a España se debe a una baja de cotización en Alemania, porque la última temporada suya ha sido muy mala?

—Si fuera así, me alegro por el Real Madrid que me consiguió por tan poco dinero. En Alemania se achaca al Borussia que me haya vendido tan barato. He hablado con un presidente y no creía que hubiese resultado tan barato. Ellos hubieran pagado cuatro veces más al club. El club hubiera podido sacar más. Yo estoy plenamente satisfecho con lo que he recibido. Yo me alegro por el Real Madrid de haber salido relativamente barato.

—Las cifras que da el reportaje de «Stern», ¿son ciertas?

—Aproximadamente.
(Según la revista «Stern», el Borussia percibió unos 30 millones de pesetas y Netzer cobrará 8 millones por año. «Konkret» añade que Netzer recibió además 23 millones de pesetas por el traspaso. Para «Bild Zeitung», el total asciende a «37 millones de pesetas por dos años de servicio al Real Madrid».)

—¿Cuántos partidos jugó usted la Liga pasada?

—Unos dieciocho. He tenido

dos lesiones graves, tendón de Aquiles y una ruptura muscular.

«Play-boy»

—He tratado de hacerme una imagen de usted como persona privada y he encontrado tres aspectos diferentes: el «play-boy», el duro hombre de negocios y el chico sensible.

Se ríe mucho con la pregunta. —Superficialmente está muy bien observado. Pero de «play-boy» no tengo absolutamente nada o muy poco...

—¿Y los viajes a Bahamas, el «flirt» con Elke Sommer?...

—Ah, sí, sí. Se escribe mucha porquería. Se trata, en parte, de historias interesantes para los periódicos. Naturalmente me gusta viajar y, como puedo permitirme, viajo a aquellos lugares donde no he estado o los que sólo conozco como futbolista.

»¿Duro negociante? Hummm (duda unos instantes), un duro y retorcido negociante no lo soy. Lo que ocurre es que tengo unos colaboradores de primera. De otra forma no podría ser. Por ejemplo, él (señala a Pico) es mi amigo y el encargado de mi discoteca en Moenchengladbach. Me puedo fiar completamente de él, como si yo mismo estuviera allí.

Ciertamente no soy un duro y retorcido hombre de negocios. ¿Qué más?

Fútbol como servicio

—Pasemos a otro tema. Una parte de la prensa española está indignada. Se ha publicado que la importación de futbolistas extranjeros es un escándalo. Se calcula cuántas escuelas se podrían construir con lo que han costado Cruyff y usted...

—Sí, ya lo he oído.
—... se compara su situación con la de los doscientos mil españoles que se tienen que matar a trabajar en la República Federal. ¿Qué opina usted de esto?

—Yo no puedo oponer nada a eso. Son argumentos que habría que discutir a fondo. Aunque yo creo que un club español de primera fila, que tiene mucho dinero, está obligado a ofrecer a los espectadores algo nuevo, siempre algo nuevo. Se trata de una especie de «service» a los espectadores que varios años han visto únicamente jugadores españoles. Si existe la posibilidad de adquirir nuevos jugadores, contratarlos me parece un servicio al público.

—Hay también un problema legal: las disposiciones sobre divisas en España.

—Sí, lo he oído. Pero no sé qué decirle. Se trata ciertamente de un problema grave. Sólo con mi caso, quizá no pasaría nada, pero Cruyff lo ha subido demasiado. Se ha hablado de cifras gigantescas que no se pueden comparar con lo que yo percibo. Por eso comprendo perfectamente esa indignación.

—Hablemos del público. En Alemania no va casi nadie al fútbol y aquí están llenos los estadios. Se dice que el fútbol es una especie de opio del pueblo. ¿Es usted consciente del papel que representa como futbolista que fomenta todo eso?

—Yo no creo que exista un futbolista consciente del papel que representa. Me parece que para cada espectador supone algo distinto el ir a un campo de fútbol. Uno va para desahogar, otro porque le gusta el juego, otro porque entiende. Es muy diferente. Por eso creo que el futbolista no es consciente de lo que supone para la masa. Además, no es necesario. Lo fundamental es jugar bien y que el espectador aproveche lo que le parezca. El busca una compensación para sí mismo. Esto me parece importante.

—¿Cómo son las relaciones de un ídolo futbolístico con el público?

—Yo tengo mucha comprensión, estoy abierto al público. Cuando me piden autógrafos; cuando quieren hablar conmigo, aunque esto, por ahora, no es posible... En última instancia yo vivo del público, que es el que da trabajo. El que va al estadio paga a los jugadores de una forma indirecta. Me paga a mí. Es muy importante.

Futbolista-objeto

—Sabe usted que Herr Wengert ha ofrecido una lista de jugadores alemanes a los clubs españoles. El primero de la lista era Overath, que me dijo que no sabía nada del asunto.

—Sí, creo que los jugadores no supieran nada de ello. Se hacen muchas tonterías con las ofertas de España, y los futbolistas son los últimos en enterarse.

—Esto me hace pensar si el futbolista no se ha convertido en una especie de mercancía. ¿Lo ve usted así?, ¿es usted consciente de esto?

—Mire, a mí después de todo no me molesta nada que se negocie con los jugadores. Yo debo en última instancia decidir por mí mismo. Si recibo una propuesta muy buena, pienso si la acepto o no. No me interesa si soy una mercancía o no. Mi profesión es jugar al fútbol y en esos diez o quince años que juego tengo que tratar de labrarme una existencia. El fútbol es muy arriesgado. Se empieza como profesional a los dieciocho o diecinueve años y si ocurre un accidente, se acabó. Por eso tie-

NETZER

Sobre la pradera no hay amigos

—Me imagino que habrá problemas con los jugadores españoles del Madrid o Barcelona. Ellos ganan, los mejores, dos millones de pesetas al año y ahora vienen usted y Cruyff y ganan diez veces más que ellos.

—Mire usted. Lo ha observado usted muy bien. Yo estaba preparado para ello y no lo hubiera tomado a mal. Yo no sé lo que ganan los jugadores del Real Madrid. Si sé, desde el principio, porque me lo dijo el presidente,

tener amistad, porque eso perjudica.

—Es una traducción un poco libre, pero en el fondo yo estoy en contra de las amistades en el campo de fútbol. Es posible ser amigos en la vida privada, pero si usted tiene amistades en el campo... No quiero decir falta de entendimiento, la comprensión es necesaria; pero las amistades llevan consigo una mayor indulgencia. Al amigo se le perdonan más cosas; se lucha por él, aunque fuera en la reserva haya otro mejor.

—Así me pasó a mí en Alemania. Yo he tenido un amigo que era reserva. Yo, por ser el jugador más influyente del equipo, hubiera podido luchar por él para que entrara en el equipo titular. Pero esto hubiera sido malo para el equipo, pues habría jugado uno peor y el mejor estaría de reser-

adaptación psicológica a la nueva situación?

—Mire, yo me alegro de que esta vida de popularidad termine. La popularidad tal como es ahora. Es muy agotador, créame. Por todos los sitios donde voy me conocen, y eso cansa. Yo pienso en la retirada como un corte en mi vida. Como esta venida a España. He dejado muchas cosas en Alemania. Es como una aventura para mí no saber lo que va a pasar. Con la retirada será algo así, empezar un nuevo capítulo.

—¿Qué cosas le interesan además del fútbol?

—Por el momento no me permito otros intereses, porque no tengo tiempo para hacer nada razonable. No puedo planear más allá de medio día. Sólo me puedo ocupar de «hobbies» superficiales.

—¿Lee usted?

en la República Federal Alemana, algunos jugadores, como Beckenbauer y Müller, hicieron propaganda en favor de la democracia social cristiana de Strauss. Beckenbauer había afirmado en una ocasión que Willy Brandt era una catástrofe nacional. Para tratar de conocer un poco más la opinión de Netzer, le preguntamos por Paul Breiter, estudiante de Pedagogía y defensa izquierda del Bayern Munich y la selección nacional, que tiene fama de izquierdista. Una forma indirecta de profundizar en la mentalidad de Netzer, que en este punto no quería cogerse los dedos.)

—¿Qué le parece Paul Breiter?

—Como futbolista, extraordinario...

—Y como...

—... Es un tío muy simpático. Lo único que me desagrada de él es su postura política, que es absolutamente incompatible con la vida que hace. Es un seguidor absoluto de Mao y no hace nada de lo que Mao enseña. Yo no puedo apoyar una cosa y actuar en forma contraria. El vive como un capitalista y es partidario de Mao. Eso no puede ser.

—¿Cree usted que existe otra posibilidad?

—Pchsss... eso no lo sé. Pero él no puede censurar de ese modo lo que hacen los capitalistas. Por lo menos tengo que tener comprensión si vivo como un capitalista. Esa vida es muy agradable así.

—¿Usted se siente a gusto en este sistema?

—En el sistema tal como es en Alemania me siento perfectamente. No me siento oprimido, me siento libre y bastante a gusto.

—Yo debo decirle que estoy asombrado. Creo que a Muñoz en una emisión de radio le preguntaron por sus pelos y cómo era posible que usted viviera con su amiga sin estar casados. Muñoz respondió que él era muy liberal y lo que le interesaba era que usted jugase al fútbol. Es asombroso que Muñoz se haya convertido al liberalismo de repente.

—Es lo que yo he dicho siempre. Tienen que verme como futbolista. Para eso me han comprado y no para otras cosas.

—Sí, pero las cosas no son tan fáciles en España. Si alguien vive con su amiga, tiene que decirle a la portera que son primos o algo así. Usted es una figura muy conocida.

—Pero, mire, los tiempos cambian...

—Eso espero. Pero la moral española...

—No puedo decirle nada a este respecto. Hasta ahora no he observado nada desfavorable, los españoles me han parecido tolerantes, nadie me ha dado normas. Por ahora no veo que sea diferente a la moral alemana. Había oído muchas cosas sobre esto, pero, en lo que a mí se refiere, no he constatado diferencias. ■

J. M. C. V.



«En el sistema, tal como es en Alemania, me siento libre y a gusto».

que soy el que más gano. Yo estaba preparado a que los jugadores estuvieran enfadados. Hubiese sido lo natural. Por eso es mucho más bonito para mí poder decir que no hubo nada de eso.

Ni Pirri, ni Velázquez, ni Zoco, ni Grosso, ninguno de los jugadores antiguos dejaron entrever que yo sea uno que viene de fuera y gana más dinero. Al contrario. Son unos tíos formidables que se portaron muy bien conmigo.

—Tengo entendido que los jugadores habían sido preparados previamente.

—En el fondo cada jugador negocia su contrato. Si está contento con él, no tiene por qué molestarse por otras cosas.

—Usted tiene fama de solitario. Una vez oí a su antiguo compañero Koepfel en la televisión alemana decir: «Netzer es un tipo raro. Yo no quisiera ser como él». También he leído un artículo en «Konkret». No sé si usted lo conoce. Trataré de resumirlo: Netzer piensa que el fútbol es un asunto de once hombres de negocios con los que no hay que

va. Yo quiero únicamente el éxito del equipo y ninguna cosa más.

—¿Cómo ve usted el fútbol español? Trate de ser crítico. Ayer he observado que usted se enfadaba porque las jugadas no salían y que los compañeros no entendían su juego.

—Mire, yo tengo una forma especial de jugar al fútbol que exige una comprensión por parte de los compañeros. Yo arriesgo mucho. Yo hago pases muy arriesgados. Si salen bien, es extraordinario y se consigue casi siempre un gol. Pero los otros tienen que saber cómo son los pases y, en ese caso, quedan solos ante la puerta. Esto requiere un gran entendimiento. No se puede comparar la situación actual aquí y la de Alemania. Hemos jugado ocho o nueve veces y mis camaradas no pueden comprender todavía lo que pienso. Es imposible. Pero la cosa marcha bien, mucho más rápido de lo que yo había pensado.

—Usted va a cumplir veintinueve años y pensará en el final de su carrera futbolística. ¿Cómo se imagina usted ese cambio, la

—Sí, un poco.

—¿Qué lee actualmente?

—Novelas policíacas y a veces un poco de literatura.

Política

—En Alemania hay futbolistas que se comprometen políticamente...

—No tengo nada que ver con eso.

—¿Absolutamente nada?

—No. Entiendo muy poco de eso para comprometerme. Tengo naturalmente mis opiniones, pero no se las paso a nadie por las narices. No me gusta comprometerme políticamente, no me parece oportuno. Para eso hay gente más adecuada, y los futbolistas me parece que fueron manipulados por los políticos prominentes. Creo que fueron utilizados sin tener mucha idea ellos mismos. No me parece bien que vayan y digan «Este partido es bueno», para influir al pueblo. Yo no haré eso nunca.

(Ante las pasadas elecciones